

ni por la diversidad de enfoques, la riqueza y complejidad de las relaciones entre religión y política. Hay, por así decir, temas históricos pendientes: el proceso de secularización, el papel de los símbolos, rituales y mitos en los movimientos populares religiosos y sociales, el influjo ejercido por la religión en la formación de la identidad colectiva y de la memoria social, la respuesta laica o laicista a la autoridad de la Iglesia, los discursos católicos sobre el género y la interacción mutua entre cultura religiosa y política. Precisamente los trabajos incluidos en la obra *Religión y política en la España contemporánea* intentan arrojar algo de luz en ese campo, en parte oscuro e inexplorado. Y lo consiguen desde el rigor científico y la solvencia investigadora. Que el lector la disfrute como bien merecen el notable esfuerzo intelectual y el valioso proyecto editorial que hay detrás.

*Abraham Barrero Ortega*

FERRÁN GALLEGO: *Todos los hombres del Führer. La élite del nacionalsocialismo, 1919-1945*, Debate, Barcelona, 2006, 574 págs.

Desde la publicación de su excelente síntesis histórica *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*, en 2001, hasta el libro que es objeto de esta reseña, la mera enunciación de los títulos del profesor Ferrán Gallego es por sí sola elocuente. En *Neofascistas. Democracia y extrema derecha en Francia e Italia* (2004) y en *De Auschwitz a Berlín. Alemania y la extrema derecha, 1945-2004* (2005) reconstruyó los obstáculos y las estrategias adoptadas por los movimientos de esa índole, tras la derrota en la Segunda Guerra Mundial, tendentes a alcanzar un espacio político significativo en sus respectivos países. En *Una patria imaginaria. La extrema derecha española, 1973-2005* (2006), trasladó el análisis a la situación hispana desde los años del tardofranquismo hasta la actualidad. De 2005 es *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español* (cuya lectura es muy recomendable complementar con su largo estudio titulado «La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo», en el volumen coeditado con el también profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona Francisco Morante *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, 2005, págs. 253-447), donde demostraba la fecundidad de sus análisis en el caso español. En *Pensar después de Auschwitz* (2004) —volumen coordinado asimismo por él— incluía uno de sus textos más incisivos y polémicos: «El nazismo como fascismo consumado» (págs. 11-102). Y ahora, este *Todos los hombres del Führer. La élite del nacionalsocialismo, 1919-1945* con el que acaso dé por cerrado su ciclo histo-

riográfico sobre el nazismo. El conjunto de esa obra, de la que apenas nos hemos limitado a citar sus textos «mayores», está llamada a producir una reconsideración de largo alcance en los estudios sobre el fascismo *en su época* y en las alternativas de extrema derecha articuladas tras la derrota de 1945. Y si cabe la sospecha —al menos el reseñista la tiene— de que aún no ha obtenido plenamente el reconocimiento académico merecido, es posible que se deba a una cualidad no señalada explícitamente por cuanto resulta obvia: su pasmosa fecundidad. A la lentitud en metabolizar un corpus de más de tres mil páginas arrojado sobre el lector culto en apenas un lustro.

Toda la obra de Ferran Gallego sobre el nazismo nace de su voluntad de *hacer comprensible* uno de los fenómenos históricos del siglo xx más controvertidos y resistentes a una interpretación racional. Precisamente el hecho de su abyección sin paliativos, de la condena moral y política absoluta que concita, hace más necesario afinar el análisis para evitar la peor de las trivializaciones: considerarlo como un espejismo colectivo ajeno a la historia, como un paréntesis sin relación propiamente con ella. En ese sentido, el autor ha tenido que desbrozar un camino plagado de insuficiencias y malentendidos. En primer término la derivada de la inclusión del nacionalsocialismo en un vago concepto de «crisis moral» frente a la supuesta «normalidad» de la Europa de entreguerras. Se le niega por esa vía al nazismo su condición de ser una de las posibles respuestas ideológicas y culturales *coherente* a la crisis de la modernidad occidental del siglo xx, y de paso se torna incomprensible la actitud de tantos alemanes *normales* que dieron su soporte a un movimiento, primero, y a un régimen, después, cuyos fundamentos y modos de actuación eran bien conocidos. La segunda interpretación rebatida por el profesor Gallego hace referencia al supuesto carácter del nazismo como «excepción», en un doble sentido oscurecedor. El nazismo ha sido considerado como el producto exclusivo de la cultura alemana, como el inevitable desenlace de un proceso que algunos han retrotraído hasta la reforma luterana. Igualmente oscurecedora ha sido la pretensión de desvincularlo del entorno genérico del fascismo, cuando es precisamente en este ámbito —en opinión del autor— donde cobra sentido y se hace inteligible. La prueba del exterminio judío no es un argumento en contra, porque en lugar de desmentir su naturaleza fascista la ratifica por la vía de su radicalización; lejos de ser algo distinto del fascismo, el nazismo vendría a ser su misma consumación, al llevar a sus últimas consecuencias «científicas» —el biologismo político— lo que en otros fascismos estaba imperfectamente presente bajo formas intuitivas.

Como movimiento fascista, el nazismo resulta inexplicable sin la experiencia traumática de la Gran Guerra; en su configuración alemana se pre-

sentó, en los años que siguieron a su desenlace, como un proceso de integración de fuerzas sociales y voluntades madurado en paralelo a la deslegitimación progresiva de la República de Weimar. De minúsculo partido logró convertirse en la gran alternativa *nacional* en tiempos de crisis, dando como resultado «ese poliédrico artefacto —como escribe en *Todos los hombres del Führer*— de integración radical y de exclusión no menos completa», de comunidad popular (*Volksgemeinschaft*) y de ajenos a la misma (*Gemeinschaftsfremde*), en esa «paradójica mezcla de modernización y arcaísmo, de ruralismo e industrialización acelerada, de antisindicalismo y obrerismo, de sentimiento de pertenencia y de exclusión, de identidad y de alteridad, de apariencia de Estado absoluto y de caos poliárquico» (pág. 30). Lejos de ser «una mera reacción defensiva —escribirá en la conclusión del libro—, un puro retroceso ante las dolencias de la modernidad inexplicable, destructiva de instancias morales tradicionalistas», fue, por el contrario, «un proyecto social que se instalaba en la modernidad y que procedía de las mismas actitudes culturales propuestas por la modernidad, siendo incomprensible fuera de éstas.» Su peculiaridad frente a otras configuraciones del fascismo —pero que no lo desvincula de él— residió en extraer las últimas consecuencias de «una ideología implacable al servicio de un imperialismo sin máscaras compasivas. Superó, por primera vez en el siglo xx, con los mecanismos propios del mundo moderno, la política en sentido estricto, para sustituirla por la estética. A partir del nacionalsocialismo, la vida social era una dinámica de *exhibición* de la comunidad y de *arquitectura* de la exclusión en los campos, en los guetos, en las normas de esterilización, en la designación de las vidas superfluas y la mano de obra esclava. Dio un sentido a la libertad que era el del Poder de la comunidad desplegándose, consumiendo la energía de su propia voluntad de destino» (pág. 535).

*Todos los hombres del Führer* es mucho más que la suma de doce biografías admirablemente escritas, que una galería de curiosidades más o menos teratológicas sobre los personajes que vertebraron, a la sombra omnipresente de Hitler, el nacionalsocialismo. Es una oportunidad, perfectamente lograda, de «comprender un movimiento de época a través de la experiencia personal de quienes la vivieron y optaron por el nazismo» (pág. 25). Algo que va más allá de colocar las trayectorias personales de Anton Drexler, Streicher, Gregor Strasser, Röhm, Goebbels, Göring, Robert Ley, Von Schirach, Himmler, Speer, Rosenberg y Bormann en un *contexto*, como figuras destacadas sobre un paisaje, o de tomarlas como meros *pretextos*. La docena de incursiones biográficas realizada por Ferran Gallego —ninguna de las cuales tendría plena autonomía, porque cada una funciona como parte representativa del conjunto— pone el énfasis, sobre todo, en describir la vía de acceso

del personaje al proyecto nacionalsocialista y en la labor política desarrollada, bien durante el período de la lucha por el poder, bien durante los años del régimen. En este sentido, la adopción de esa nueva perspectiva —frente a la exposición diacrónica seguida en *De Munich a Auschwitz*— le permite ahondar en una explicación del nazismo «en su pluralidad, en una heterogeneidad que se acentúa a medida que se profundiza en él y que contrasta con su prestigio y su propia apariencia de movimiento y régimen monolíticos», poniendo así de relieve «su inmensa porosidad, su capacidad de reproducir, como un espejo perverso y deformante, la propia realidad a la que se asomaba, para contemplarse, la sociedad alemana de su tiempo» (págs. 25 y 29). Cada uno de los personajes seleccionados «podía indicar —nos dice en la conclusión— una vía que llevaba desde el corazón de la experiencia social acumulada por cada uno de los alemanes de entreguerras hasta el proyecto propuesto por aquel pequeño partido que se constituyó en una ciudad provinciana en 1919. Si el conjunto de quienes se adhirieron al nazismo compartían la idea de *totalidad* del proyecto, que se representaba simbólicamente en Hitler, lo hacían otorgando porcentajes distintos a los diversos ingredientes de su composición» (pág. 536).

\* \* \*

Una atención pormenorizada a las doce figuras analizadas queda fuera de las posibilidades de esta reseña, pero es difícil resistir la tentación de traer a estas páginas sus trazos esenciales, porque ilustran el acierto del propósito de Ferran Gallego. La importancia del fundador del Partido Obrero Alemán en enero de 1919, Anton Drexler (un obrero especializado de la Compañía real de ferrocarriles del Baviera), consistió en haber roto, con esa fundación, la inercia de la insuficiencia y fragmentación de las asociaciones patrióticas. Sin ese salto, Hitler —que entró a militar en el partido casi un año después— difícilmente hubiera podido crear el NSDAP, tras cambiar hábilmente su denominación originaria. La fragilidad de su apariencia, la miopía y la absoluta carencia de dotes para expresarse en público, supusieron obstáculos de poca monta para ser arrollado por Hitler. Drexler murió oscuramente en plena guerra, sin haber sido compensado con algún cargo menor. Y es que «el Führer se hallaba frente a su propia memoria, a un derecho de primogenitura que ponía en peligro un elemento esencial de su reinado en la tierra» (pág. 69). Julius Streicher, por su parte, encarnó como nadie el perfil de la propaganda antisemita en sus formas más groseras, a través de su popular semanario *Der Stürmer*. A esa circunstancia y al dominio de la principal ciudad de Franconia, Nuremberg (donde sería uno de los ejecutados en 1946), debió la fundamentación de su carrera política en el partido, donde su mérito principal fue

«haber *sentido* la presión atmosférica en la que su proyecto» debía moverse (pág. 84). Ninguna circunstancia de su vida turbulenta ni de su desidia burocrática consiguió «romper su vinculación con Hitler» (pág. 89).

Con la figura de Gregor Strasser entramos en un nivel político superior. Su nombre ha arrastrado la leyenda de «hombre de la izquierda, del “verdadero socialismo” no marxista»; pero sus discrepancias con Hitler — presentadas habitualmente en el contexto de una dialéctica izquierda/derecha— están más próximas a «la política de alianzas que al contenido del proyecto» (págs. 105-106). Strasser demostró siempre «una proverbial capacidad de adaptación a las circunstancias» (pág. 111). Y fue una suma encadenada de errores políticos ante la estrategia —a su juicio suicida— elegida por Hitler para acceder a la cancillería la que le costaría la vida en la purga de junio de 1934. Idéntico final compartió Ernst Röhm, a quien también ha sido frecuente situar a la izquierda de Hitler. Antes de 1914 era un oficial monárquico que sintió «la majestuosa veneración por un mundo cancelado» (pág. 137). Pero esos orígenes no le llevaron —tras su paso por las ligas patrióticas de la inmediata posguerra— a militar en las filas de opciones políticas estrictamente conservadoras, como hubiera parecido congruente. Esto pone de manifiesto que «la situación de desesperanza y lucha contra la catástrofe social *sólo podía integrarse en el fascismo si era convenientemente interceptado por una serie de dispositivos culturales*» (pág. 155; la cursiva es mía). Su ingreso en el NSDAP hizo posible «lo que verdaderamente le interesó toda su vida: construir una milicia popular con objetivos ideológicos propios, enmarcados en una revolución conservadora, que asegurara el orden nuevo proporcionando a sus hombres y a su propia persona el protagonismo, algo que implicaba destacar el carácter de fuerza salida de las trincheras con la que Röhm era capaz de entender aquel movimiento nacionalista» (págs. 143-144). Llamado por Hitler a Alemania desde su exilio boliviano, en 1930 se hizo cargo de las SA, demostrando su energía y habilidad organizativa.

El capítulo dedicado a Joseph Goebbels es uno de los más extensos y penetrantes. Si algo define la personalidad de este «hombre de acción condenado por su defecto físico a sustituir el acto por la palabra, o a hacer de la palabra el acto mismo», no es su capacidad oratoria (realmente notable); «no es su capacidad *teatral* sino un deseo de existencia *total* en tiempos de *totalitarismo*, una vocación de ser voz de la comunidad en la época en que el individuo sólo tiene sentido como parte del *Volk*» (pág. 175). Su frustración profesional (como doctor en filología sin empleo) y sentimental (el supuesto gran amor de su juventud lo abandonaría por un rico abogado), le llevó a «hacer *política*», concibiéndola como una «aventura estética» (pág. 183). Su labor

como ministro de Ilustración Popular y Propaganda es habitualmente resalada, pero no siempre se señala tan claramente su sentido: «Nadie como él había de entender la manera en que los efectos devastadores de una modernización acelerada podían incitar una nostalgia de la comunidad, el ensueño de un mundo de sociabilidad tangible, de camaradería a los que dedicaría la mayor parte de su propaganda» (pág. 193). A diferencia de Strasser o Röhm, en su caso sí que puede ser alojado en la izquierda del movimiento, algo que lo distinguiría siempre de personas como Rosenberg o Göring. Hasta los momentos finales, cuando se convirtió en el ideólogo de la *guerra total*, entendida como «la realización completa de la revolución nazi aprovechando la puesta a prueba de la comunidad popular por una guerra en la que todos debían sufrir en idéntico grado» (pág. 230). «Preferimos buscar nuestro final junto al Führer a una vida que carece de valor para mí, si no puedo utilizarla a su servicio y a su lado», escribiría antes de suicidarse con su mujer y matar a sus seis hijos.

«Si el conjunto de personajes que se ha seleccionado para ofrecer la pluralidad del nazismo, cada uno de ellos la contiene en diversas proporciones, quizás sea Göring quien no se molestó en disimular lo que, más allá de la diversidad, pasaba a ser contradictorio» (págs. 235-236). En efecto, el antiguo piloto de la escuadrilla del mítico *Barón Rojo* von Richthofen difícilmente podía encajar en un proyecto revolucionario, por mucho que maticemos este carácter tratándose del nazismo. Su contacto con los sectores adinerados berlineses, le convirtió en «un enlace indispensable para Hitler con estos núcleos sociales» (pág. 241). Individuo fatuo y ostentoso, Hermann Göring gozó de una enorme relevancia pública. Como Plenipotenciario del Plan Cuatrienal, estaba convencido de la catástrofe alemana tras el giro bélico experimentado a partir de la segunda mitad de 1941 si no se interrumpía la guerra por medios diplomáticos. Su posición ante el tribunal de Nuremberg y su muerte son muy conocidos. A su lado, la figura de Robert Ley resulta poco vistosa. Pero este hijo de campesinos acomodados de Renania, caídos en la ruina, doctorado en química, alcohólico, venal y poco agraciado físicamente fue el responsable máximo del Frente Alemán del Trabajo. Sin proceder siquiera de la izquierda nazi, y como orador de una virulencia extrema, fue el eficaz propagandista de la concepción del trabajador como columna vertebral de la comunidad orgánica. «El nacionalsocialismo no deseaba superar el capitalismo, sino la *forma* en que el capitalismo era vivido por los trabajadores, siendo capaz de darle un *valor de cambio simbólico* que se refería a factores tan aparentemente etéreos pero fundamentales en la experiencia de cada uno como la autoestima, el prestigio, el sentido de ocupar un lugar en la sociedad y en el proceso histórico que debía ser reconocido y ala-

bado, que debía recompensarse materialmente y simbólicamente» (págs. 271-272). Explicar la participación del mundo obrero en el proyecto nazi sólo por mecanismos de represión sin considerar a la vez formas de integración, es una manera de deformar la historia. En uno de los pasajes más agudos del libro el autor resalta la capacidad del nazismo de «reunir todo lo que *nunca* se había encontrado en ese lugar ideológico [...] para adquirir el predominio sobre aquellos sectores disgregados que, hasta el momento de la crisis, no *creyeron encontrar un movimiento que unificara todas sus situaciones sociales heterogéneas en un solo proyecto político*» (pág. 292; la cursiva es mía). La atención a quien desempeñara la jefatura de las Juventudes Hitlerianas, Baldur von Schirach nos proporciona esa otra faceta fundamental. Procedente de sectores conservadores y cultos y con una formación próxima a los planteamientos *völkisch*, su ingreso en el NSDAP se produjo a raíz del impacto de la oratoria de Hitler. Sobre el nazismo y la juventud (la idea del relevo generacional, la guerra y la experiencia de totalidad, el mito) sólo cabe remitir a páginas magistrales (págs. 323-330). Pero Von Schirach fue también *Gauleiter* de Viena en 1940, puesto desde el cual procedió a «una de las tareas de expropiación más gigantescas que se dieron en el interior del Reich» con el objeto de dejar espacio a los residentes arios (pág. 343). Los jueces de Nuremberg fueron relativamente benévolos con él, salvándolo de la horca.

«El funcionario Heinrich Himmler, con su aspecto de oficinista atildado, de energía recluida en las normas, de impulso encauzado en la obediencia, tiene un sentido en la medida en que debe convencer de la *normalidad* de lo que hace» (pág. 350). Había nacido en Múnich en 1900 en «una familia entregada a los rituales del servilismo cortesano» (pág. 354) e impregnada de conservadurismo católico y llevó con amargura no haber podido servir en el frente de la Gran Guerra por razones de edad. Entró tempranamente en el partido como ayudante a sueldo de Strasser; en 1929 era ya dirigente de las SS, desembarazándose de la dependencia personal de aquél. Una radicalización ideológica personal le llevó a despreocuparse del aspecto programático *socialista* del NSDAP para centrarse en el *proyecto racial alemán*. Su lugar central en el régimen nazi radica en su máxima responsabilidad en los aparatos represivos hasta alcanzar el Ministerio del Interior en plena guerra. «Esa trabazón —escribe el autor— entre su propia carrera política, el desarrollo de un sistema de seguridad controlado, la necesidad de salvaguardar el orden interno mediante el recurso a los campos de concentración y la disposición a contemplarlo todo en el terreno que más interesaba a Hitler —la política exterior— fueron los elementos que permitieron la marcha hacia el inmenso poder del que dispuso» (pág. 386). Los campos de concentración no eran lu-

gares donde «se cumplía una pena, sino espacios que delimitaban una condición» (pág. 390), porque la exclusión del *Volksgemeinschaft* derivaba de esa circunstancia y no de la comisión de un delito. En los compases finales de la guerra, incapaz de soportar la sensación de fracaso, intentó vana y tardíamente convertirse en interlocutor de los aliados; la difusión de esta noticia le hizo aparecer ante su Führer como un traidor. El suicidio tras ser capturado por los aliados le libró de una ejecución segura.

El caso de Albert Speer resulta ilustrativo tanto por su participación en el régimen como por la reputación que consiguió labrarse en la hora de la derrota. Su «asunción de culpa y responsabilidad, de asunción de las pruebas y tormento por no haber impedido la masacre, la vejación y el terror», le otorgó «un liderazgo moral para millones de ciudadanos que no sólo colaboraron con el régimen, sino que también consideraron que estaban haciendo lo correcto en un mundo que —ellos eran los primeros en aceptarlo— había estado regido por una incorrección moral sustantiva» (pág. 413). Este brillante arquitecto, perteneciente a una familia acomodada «cuyo universo material y moral no se había venido abajo con la República», entró a militar en el partido fascinado por Hitler y pronto recibió los primeros encargos oficiales: «construir el espacio político de los congresos de Nuremberg, [...] un recinto permanente que pudiera actuar como símbolo de la comunidad y del liderazgo» (pág. 429). La coherencia de su trayectoria resulta menos sorprendente si nos interesa «descubrir uno de los aspectos esenciales del fascismo, que tiene que ver con la vanguardia, pero sobre todo con la voluntad de petrificación, de sometimiento de la materia y de organización de los espacios en que habitan los seres humanos, sobrecogidos por el vigor de una monumentalidad arquitectónica, destinada a la preservación de la especie y a la superioridad manifiesta de la totalidad frente al individuo» (pág. 421). Con la guerra, cuando las prioridades de Hitler pasaron de la construcción monumental a «la organización de la propia empresa destructiva», el eficiente arquitecto fue nombrado ministro de Armamento y Munición, desde donde consiguió evitar un desmoronamiento de la economía alemana en 1942 y 1943.

A su condición de filósofo oficial del nazismo, Alfred Rosenberg unió la de profesional de la política, por poco dotado que estuviera para ésta; y es que «sólo podía comprender su propia acción filosófica en el marco de la acción política» (pág. 453). No fue sólo el autor de *El mito del siglo XX*; fue también director del diario del partido —el *Völkischer Beobachter*—, responsable de la Liga por la Cultura alemana, jefe de la Oficina de Asuntos Exteriores del partido y ministro de Territorios Ocupados en el Este en 1941. Como intelectual urdió una reinterpretación del pasado alemán con elementos del romanticismo popular y la manipulación del vitalismo nietzscheano apoyada en una

lectura racista de la historia. Su síntesis pretendía construir una *Weltanschauung* proyectada sobre tres ámbitos concatenados: «la concepción racial de la Historia, la alternativa a la política que suponía la recuperación de una comunidad popular racial y [...] los aspectos de expansión territorial que se derivaban de ambos elementos, sintetizados en el principio del *Lebensraum*» (pág. 475). Y si el exterminio judío no estuvo explícitamente en sus planteamientos, «la segregación, la deportación y conquista sí aparecieron con claridad en ellos, algo que en poco lo distinguía de la propaganda genérica que realizaba el partido» (pág. 491). Martin Bormann es el personaje más oscuro del elenco. Profesional del medro y maestro de la simulación, suplió su incapacidad como orador con una entrega tenaz al trabajo burocrático. Accedió al círculo privado de Hitler por su matrimonio con una hija de un alto cargo en el partido, administró sus bienes personales y con la desaparición de Hess llegó a la cumbre de su carrera como jefe de la Cancillería y secretario del Führer. Para entonces ya había trabajado en su mayor empeño: la implantación del *Führerstaat*, un nuevo modelo de Estado —interpretado en un sentido más radical que el propio Hitler— con la concentración de todos los poderes en una autoridad máxima «que perpetuaba formalidades del Estado y formalidades de partido precisamente para asegurar que los procesos de fusión de funciones dependerían del ritmo que el Führer decidiera» (pág. 511). Hasta su final estuvo rodeado de sombras. La aparición accidental de su cadáver décadas después de 1945 acabó con las especulaciones sobre la creación de un Cuarto Reich dirigido por él en el exilio.

\* \* \*

En la introducción, el autor advertía que su libro estaba destinado a contestar una pregunta lanzada por Thomas Mann en el otoño de 1930, cuando los peores presagios se cernían sobre el país: «¿Qué tiene esto que ver con Alemania?», había preguntado entonces el más prestigioso escritor alemán en una conferencia dictada en la Sala Beethoven de Berlín. La respuesta adelantada por Ferran Gallego es terminante: *tenía que ver todo*, «un *todo* que no significa, en lo que respecta a los alemanes de años de entreguerras, *todos*» (pág. 33). En la conclusión, a la luz de las trayectorias descritas, puede situarse en una buena atalaya para valorar históricamente la respuesta que dieron los aliados tras la capitulación de 1945. Con la desnazificación y los juicios de Nuremberg, los aliados realizaron un «desplazamiento simbólico de responsabilidades» y proporcionaron una interpretación del acceso al poder del nazismo como el producto de la «lenta infiltración de una ideología». En ese planteamiento había «una presunción que no resulta útil para el historiador». En rigor, se abandonaba el criterio de *selección* para sustituirlo por

el de *escisión* entre comunidad y dirigentes, descargando el peso del castigo sólo sobre éstos, sobre «quienes *configuraron* el poder, *tomaron las decisiones*, sin tener en cuenta la sociedad que las aceptaba y la Alemania que había hecho posible que esa élite llegara a ocupar el territorio institucional donde se adoptaban las medidas radicales que deseaban condenarse» (pág. 534).

La contribución del profesor Ferran Gallego al estudio del nacionalsocialismo —y por extensión, del fascismo— es excepcional en el panorama de nuestra historiografía. Lo es por lo infrecuente que resulta entre los historiadores españoles la incursión en ámbitos que vayan más allá de los límites geográficos de nuestro país, y además por abordarlos con una perspectiva que tiene muy en cuenta la *contemporaneidad de los fenómenos históricos*; un dominio de las principales lenguas occidentales le permite estar al día en una bibliografía abrumadora en alemán, inglés, francés e italiano. Lo es también por la adecuación de sus elaborados planteamientos teóricos y el abundante caudal fáctico que maneja, revelando, sobre todo, verdadera maestría en el análisis de las estrategias políticas y en la incardinación del plano cultural en el devenir histórico. Y lo es, en fin, por la calidad de su escritura. Una prosa de singular plasticidad, cuajada de referencias culturales bien traídas, atenta siempre al matiz y a las inflexiones del pensamiento, con momentos de gran brillantez, poniendo de manifiesto que el rigor académico no esta reñido con la buena literatura.

*Enrique Selva Roca de Togores*

RAMÓN MAÍZ: *Nación y revolución: la teoría política de Emmanuel de Sieyès*, Tecnos, Madrid, 2007, 216 págs.

Sieyès fue el único filósofo político francés de finales del setecientos que tuvo el honor de ser considerado un par por la exquisita filosofía idealista alemana —aunque él mismo señalara abiertamente la incapacidad de ésta para enfrentar de manera solvente la vertiente política de la filosofía. Fue también un superviviente de la Revolución y, tras su muerte y hasta la actualidad, recordado y referido como el teórico fundamental de la misma —aunque no hubo martillo más inmisericorde con quienes pasarían por iconos de la revolución misma, como Marat o Robespierre. Son las dos aguas entre que las que se mueve el análisis desplegado en este libro.

Abre esta madura aportación sobre el pensamiento político sieyeano un muy interesante bosquejo del momento revolucionario de 1789 a partir de su inmortalización en el famoso cuadro de Jaques-Louis David. Como se recuerda en el prefacio, *El juramento del juego de la pelota* no es sino una re-